

Cierra el acto un final brillante, partiendo Raquel á la corte para cumplir la misión que los hebreos la encomendarán.

A la entrada del segundo acto oyéanse los toques guerreros del metal, á los que mézclanse, alternativamente, trozos de carácter religioso, como expresión del estado de exaltación en que se hallan los ánimos del clero contra los judíos y el deseo que manifiestan los nobles de guerrear contra los infieles, continuando este colorido en la orquesta hasta que, á la entrada del Monarca, rompe en una frase brillante y marcial, que más tarde vuelve á repetirse al aparecer en escena las enseñas y estandartes de los guerreros.

Tornan otra vez á la orquesta los matices bélicos mezclados con el tono religioso, al discutirse entre los nobles, el clero y el Rey la expulsión de los hebreos. El número de la bendición de las banderas es de gran efecto. La frase amplia y severa de D. Bruno, que más tarde parafrasea el coro, así como su final, demuestran hasta la evidencia los profundos conocimientos contrapuntísticos y orquestales que posee el maestro Bretón y el acertado partido que de ellos sabe sacar.

Entran Raquel y las hebreas. La orquesta recuerda la aparición en escena de Raquel en el precedente acto, y en determinados momentos subraya los diseños musicales que se escucharon al ser engalanada la hermosa hebrea para trasladarse á la corte.

El *racconto* de Raquel es un verdadero primor de instrumentación, soberbio, exuberante y ciertamente genial. Las notas sincopadas de la cuerda hacen percibir el estado de inquietud y sobresalto de su alma, por efecto del amor que la inspira el Monarca de Castilla. Puede asegurarse que es el número de mérito del segundo acto, y si en él se hubiese prescindido de alguna extraña combinación instrumental, como la del clarinete, trompas y trombones, marcando sucesivamente cada una de las partes del compás, hubiera, sin duda, redundado en beneficio del mismo, sin producir en el público esa sorpresa que causa lo raro y lo *chorante*, que nunca debe confundirse con lo que produce lo adecuado y artístico.

Un efecto parecido, pero que forzosamente sorprendió con mayor extrañeza al público, ya que su autor empleaba instrumentos de textura completamente opuesta y sumamente distanciada, me vino á la memoria en el momento de escuchar la aplicación que hacía el maestro Bretón en el *racconto* de Raquel, en tan original forma de los precisados instrumentos. Me refiero á uno de los poemas musicales: "*Tod und Verklärung*" de Richard Strauss, en el que describe la lenta agonía de un moribundo, que pugna por aferrarse á la poca vida que aún le queda con desesperante afán, en uno de cuyos períodos musicales encomienda á las flautas en sus notas más elevadas y á los trombones en sus puntos más bajos, en contestaciones alternativas de los mismos y con exclusión de otros instrumentos intermedios, la acentuación rítmica de determinados acordes de su partitura; efecto que, por lo inesperado y extraño, redundó en perjuicio de la obra á que aludo, é hizo sonreír á muchas personas peritas en el arte. El maestro Bretón tiene méritos de por sí, sobradamente reconocidos, para no buscar novedades en el orden instrumental, aventurando, por el solo placer de lo nuevo, el éxito de un número musical que está saturado de grandes bellezas.

Al comienzo del tercer acto aparece ante el público una preciosa decoración, representando el palacio de Galiana, en las riberas del Tago. La orquesta ejecuta un hermoso preludio, en el que rebosa la inspiración y el genio musical del maestro. Las trompas ejecutan una breve melodía que recorre la orquesta, confiando la armonía á la madera; tras graves acordes del metal, escuchase un coro lejano de sabor oriental, que presta á este número poético encanto, y acompañado suavemente por los arpeggios de las arpas, sincopados de la madera y *pizzicato* de la cuerda, pierdese en lontananza los últimos sonidos, mientras las trompas inician un recuerdo de la melodía con que empieza el preludio; se oye el canto del cuclillo y una nota tenida de la cuerda, á la que se unen las flautas, clarinetes y oboes, finaliza este número, cuya ejecución embarga el ánimo de tal suerte que parece estar uno entregado á un sueño ideal y transportado á un mundo desconocido por el placer que siente el alma.

La *romanza* de Raquel es notable por su moderna factura.

Una escala descendente de toda la cuerda, acompañada del redoble de panderetas, indica el comienzo de los *bailes* con que el pueblo hebreo viene á festejar á la hermosa judía. Son primorosos y en ellos prueba Bretón las brillantes cualidades de su talento musical, hasta un extremo verdaderamente maravilloso. Su carácter marcante oriental, sus ritmos en extremo originales y la instrumentación hermosísima, cautivan y subyugan al auditorio en términos indescriptibles.

Y aquí llegamos al número colosal de la obra, al *dúo* de amor entre Raquel y Alfonso, en el que su

pasión estalla jurándose amor eterno. Una frase amplia y bella de los violoncellos hace comprender la apasionada situación de ambos amantes, que en el transcurso del dúo toma incremento ajustándose á ella la agitación orquestal. Ciencia, inspiración, bellezas sin cuento, armonías geniales, descúbrense á cada paso en la audición de esta grandiosa página musical de *Raquel*, de cuya concepción puede mostrarse satisfecho el ilustre maestro.

El *aria* de la contralto en el cuarto acto, en la que con frase llena de dolor se lamenta la Reina de los desdenes de su esposo, es un número de buen efecto, en el cual expresa la música acabadamente la situación anímica de Leonor. Es igualmente hermosa la frase en que ésta se dirige á los nobles, manifestándoles que el bienestar y la tranquilidad del reino demandan la irremisible muerte de Raquel, y acordada ésta retirarse los nobles, interin la orquesta hace presentir descriptivamente que se va á cumplir el terrible fallo.

Cambia la decoración y aparece Raquel, en una de las estancias del palacio de Galiana, rodeada de sus esclavas, que entonan un coro, de carácter oriental, gallarda muestra de la exuberante y florida inspiración del maestro salmantino.

Entra David en escena, y desde este instante el colorido orquestal torna en trágico y agitado. Una escala cromática descendente, en un fortísimo de toda la orquesta, acompañada de golpes de platillos, indica que la bella Raquel, á quien los nobles arrastraron á una cámara cercana, ha sufrido la cruenta muerte que éstos con la Reina concertaron en el cuadro anterior.

El Rey á su llegada sabe lo acaecido por boca de David. La música adquiere un carácter sentimental y patético; los violoncellos, en un transporte de dolorosa pasión, renuevan el recuerdo de la frase del *dúo* y por último el Rey, á instancias de la nobleza que le estimula á guerrear contra los infieles, dedica una sentida frase de despedida á su amor perdido, terminando el acto con un himno guerrero, cuya brillante instrumentación resalta más vigorosamente aún, por el contraste que presenta con las armonías celestes del viento madera que acompañan al postrer recuerdo que el Monarca de Castilla consagró á la que fué su amante.

Ahora bien; ¿puede asegurarse que la ópera entrara de lleno en el público y triunfara en toda línea, como vulgarmente suele decirse? De hecho ciertamente que no. A ello contribuyeron, sin duda alguna, diversas causas que son dignas de enumerar. De una parte las proporciones verdaderamente desmesuradas de algunos números de la partitura, entre los cuales pueden contarse los *bailes*, el mismo *dúo* de tenor y tiple, á pesar de su hermosa y genial factura, y en general los coros; y de otra el lento y pausado desarrollo musical de los dos primeros actos, producen cierta especie de inquietante fatiga en el ánimo del auditorio, suficiente de por sí para que multitud de detalles musicales de verdadero mérito pasen inadvertidos y sin prestarles la debida atención. Remedios estos ligeros inconvenientes, puede vaticinarse, sin reparos ni escrúpulos de ninguna clase, que la ópera tiene sobrados méritos musicales para mantenerse en los carteles y formar parte de las de repertorio.

Respecto del libro, que se ha de decir! Todos hablaban por la misma boca, deplorando la tenacidad de tan ilustre músico en escribir por sí mismo los libretos de sus obras musicales. Y este porfiado empeño del maestro Bretón, puede desde luego considerarse como la causa de que en el transcurso de la representación de su nueva ópera hubiera momentos de verdadera sorpresa en el auditorio al escuchar frases exentas de toda forma poética y literaria que, lejos de favorecer, constituyen un lamentable perjuicio para una sensata y concentrada audición musical.

En el cuarto acto decae notablemente el interés musical. Infuye en ello la variación que forzosamente había de darse al colorido instrumental, puesto que toda la acción del mismo se desarrolla en un orden palpablemente dramático. Esta alteración repentina y brusca en el modo de ser del desarrollo escénico, unido al cansancio que por necesidad había de originar en el espíritu del maestro la titánica labor artística de los tres primeros actos, son sin duda los verdaderos motivos que determinan la perceptible decadencia de *Raquel*. Y esta decadencia es más de lamentar si se tiene en cuenta que en este acto debióse reconcentrar toda la atención del compositor, ya que en él vienen á chocar, por decirlo así, todos los encontrados afectos de los principales personajes que intervienen en la consecutiva acción de la obra, manifestándose en él los celos y el deseo de venganza de Leonor, que se ve abandonada por el Rey; el amor de su padre (David), que á pesar de la maldición que lanzó sobre su hija (Raquel), corre presuroso á participarle que los nobles van á darle muerte y procura su salvación; la pasión de Raquel y Alfonso; la desesperación de éste al escuchar de labios de David que su hija ha sido cruelmente asesinada por el pueblo y la nobleza; los de-

seos que esta última expresa al Rey de combatir á los enemigos de su fe; la consternación y los sufrimientos de David al verse solo, abandonado por todos ante el cadáver de su hija, cuya muerte no venga el Monarca, y, por último, su desesperada exclamación: ¡hija mía, somos malditos! con que la ópera finaliza, son situaciones á las que el maestro debió otorgar su predilección, porque en realidad ofrecían al compositor rico material para coronar su obra con un éxito colosal.

Este es lisa y llanamente el juicio, en absoluto desapasionado, que me permito emitir acerca de la última producción escénica del por tantos conceptos ilustre músico español, quien por su firmeza de carácter, sus condiciones extraordinariamente geniales y por el inalterable tesón con que persigue la implantación de la ópera nacional, merece los aplausos y la admiración de todos los artistas en particular y en general de la nación entera.

Merecen elogios la señorita de Lerma, Dahlander, Constantino y Buti, que cantaron con verdadero *amore* las partes que les estaban encomendadas.

Las decoraciones de Amalio Fernández de gran efecto, mereciendo justas alabanzas, así como la dirección artística, á cargo de Luis Paris.

Es innecesario consignar que siendo el maestro Bretón el que dirigía la orquesta, lo hizo de un modo irreprochable, así es que tuvo que aparecer en escena multitud de veces en el transcurso de la ópera y al final de la misma á recibir los aplausos que el teatro en pleno le tributaba.

FEDERICO HOEFELD.

Efemérides literarias.

Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Nació en Puerto Príncipe (Cuba) á 23 de Marzo de 1814. Murió en Madrid á 1.º de Febrero de 1873.

De las diversas efemérides que tenemos correspondientes á la presente semana, ninguna nos ha parecido mejor para este número que la del fallecimiento de nuestra ilustre escritora cuyo nombre encabeza estas líneas.

Partidarios de que el talento debe apreciarse sin distinción de sexos, todavía se inclina más nuestra admiración hacia la mujer que hacia el hombre, al considerar la serie infinita de obstáculos y dificultades con que á cada paso tropieza, cuando merec á su triste condición de esclava del hogar y al falso concepto que del saber se tiene, encuentra moralmente cerradas para ella las bibliotecas y las aulas.

Gertrudis Gómez de Avellaneda luchó con todos estos inconvenientes, con más la oposición de sus padres, desde los primeros años, mostrando afición al cultivo de la poesía, «afición» como dijo Nicomedes Pastor Díaz—que la prudencia del mundo suele confundir con los vicios ó las malas inclinaciones; pero su entendimiento vigoroso suplió la falta de maestros y de libros, y cuanto mayores eran las dificultades que encontraba, más y más crecían en su espíritu los alientos, contribuyendo á avivar en su espíritu el amor al arte y á producir en su lira las más sonoras y vibrantes notas. Y la que comenzó á los seis y ocho años de edad, dictando á sus compañeras desahogados é incorrectos versos, y á los nueve compuso cuentos de hadas, como el titulado *El gigante de cien cabezas*, dándose á conocer entonces por su asombrosa precocidad, no tardó en ser aplaudida y considerada como un indescubrible talento, cuando, á la edad de veintiséis años, después de haber abandonado su país natal, se instaló definitivamente en Madrid, donde se hizo popular bajo el seudónimo de *La Peregrina*.

Sus inspiradas y correctas poesías, de las que no puedo menos de citar las odas *Al mar*, *A la luna* y *Al niño dormido*, el canto *A la Cruz* y los sonetos *Al partir* y *Al sol*, le alcanzaron bien pronto la protección y la amistad de los más ilustres literatos, y cada una de sus obras dramáticas ó de sus novelas le valió un éxito ruidoso y espontáneo. De la novela *Dos mujeres*, dijo Villenain que era lo mejor que conocía de su género; *El mulato Sab*, de costumbres cubanas; *Españolito*, romántica; *La baronesa de Joux*, histórica, y sus interesantes leyendas, le conquistaron numerosos admiradores; *Alfonso Muñoz*, tragedia clásica, que consiguió restaurar el buen gusto, algún tanto decaído, y que fué en poco tiempo traducida á varios idiomas, arrancó al ilustre Hartzenbusch aquella famosa frase de: «Es mucho hombre esta mujer! Saúl, que Durrieu calificó de «uno de los más atrevidos y felices rasgos que ha tenido España». *El Príncipe de Viana*, de asunto nacional y estrenada en Madrid, y *Baltasar*, drama clásico inspirado en los pasajes de la Biblia, su mejor obra en opinión de muchos, son otras tantas producciones que colmaron á la Avellaneda de elogios, de honores y de gloria, consiguiendo que por su talento, por su hermostría y desahogada posición brillara en el mundo como uno de esos seres dichosos privilegiados por la Providencia.

Murió en Madrid en época de grandes disturbios políticos, por lo cual, su cadáver, lejos de recibir el homenaje que por derecho propio le correspondía, fué acompañado al cementerio solamente por media docena de escritores.

Y para terminar, copiamos á continuación el notable soneto que la eminente escritora compuso al despedirse de Cuba, cuando sólo contaba veintidós años de edad, soneto que ha sido considerado por los críticos como uno de los buenos que enriquecen nuestra literatura nacional.

AL PARTIR

SONETO

¡Perla del mar! Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!... La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su favor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oído!
¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
El ancla se alza... el buque, estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

V. A. L.

TEATROS

Eslava.—LA ALEGRÍA DE LA HUERTA, original de los Sres. Paso, Alvarez y Chueca.

Por más que han pasado ya muchos días desde el estreno de *La alegría de la huerta*, no queremos dejar de decir algo en este número de la nueva producción de los Sres. Paso, Alvarez y Chueca.

La obra sigue la corriente sentimental tan de moda en la actualidad en los teatros por horas, y salvo el segundo cuadro, por demás grotesco, y aunque el final no conviene por completo, resultó bien, sobre todo el cuadro primero, que es el mejor sentido.

La música, á nuestro humilde y lego parecer, más musical que la que de ordinario hace el maestro Chueca.

La interpretación, muy bien. La Srta. Segura muy guapa y cantando perfectamente; la Srta. Miralles cantando perfectamente y muy guapa, y el Sr. Gil trabajando con verdadero entusiasmo. Toda su parte, sobre todo la jota, la cantó con gran sentimiento. El Sr. Riquelme fué muy aplaudido, mérito grande, porque su papel es de un amaneramiento ridículo.

Libretistas, músico y pintor salieron á escena varias veces, y el público muy complacido del teatro.

Princesa.—LA JEREZANA, pieza en un acto, original del Sánchez Bort.

Con muy buen éxito se ha estrenado en el teatro de la Princesa un juguete cómico en un acto y en prosa, titulado *La jerezana*. El enredo en que está fundada la acción tiene muchísima gracia, y en el diálogo abundan los chistes, sin que haya ninguno verde ni de mal gusto.

La interpretación, muy bien. El autor, Sr. Sánchez Bort, fué llamado varias veces á escena.

La jerezana es pieza que se hará mucho y que recorrerá los teatros de provincias.

Apolo.—¡Á CUARTO Y Á DOS! parodia de los Sres. Lucio y Merino; música de los maestros Calleja y Barrera.

Comprendiendo la dificultad de hacer una parodia con gracia, se han unido para tal empresa dos maestros en el género, y esta vez han sido poco afortunados.

La acción se desarrolla entre gentes de circo, y si los autores hubiesen podido convertir el escenario en pista y el teatro en circo, hubieran conseguido su propósito de divertir al público.

La obra abunda en chistes, algunos de tan dudoso gusto, que hacen pensar que á alguno de sus autores sólo deben gustarle las flores por el color y no por el aroma.

La música no tiene tampoco nada de particular. Rodríguez y Ontiveros imitando á Miguel Soler y á Gil-Rey estuvieron muy graciosos, debiéndose á ellos la única justificación del título de parodia que los autores pusieron á su obra.

B. RROSO Y D. ATILANO.

SUETOS

Rogamos á nuestros suscriptores de provincias y extranjero se sirvan remitir el importe de la suscripción en la forma que estimen conveniente, siempre que sea de fácil cobro, si no quieren sufrir retraso en el envío del periódico.

Hemos tenido el gusto de ver dos preciosas fotografías estampadas por el moderno procedimiento *tricolor*, en los talleres tipográficos de *La Revista Moderna*.

La entonación de los colores, la limpieza de la estampación y el ajuste de máquina, serían suficiente garantía para acreditar un establecimiento, si éste no estuviera ya acreditado por los numerosos y artísticos trabajos que de él salen.

Para comprar ropa blanca y géneros de punto, equipos para novia y canastillas, recomendamos la acreditada casa LOS DOCKS DE PARIS, Puerta del Sol, 15, Madrid.

No se devuelven los originales.

Madrid.—Imprenta de LA REVISTA MODERNA
Espíritu Santo, 18.

Folleto de LETRAS DE MOLDE 3

LA HIJASTRA DEL AMOR

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Lámpara, cuya llama proyectaba en el techo un círculo de luz temblorosa. Luisa se tumbó en el sofá; la mujer sentada, puestos los oídos sobre las rodillas y el rostro entre las palmas, parecía preocupada por una idea fija; quedaron ambas tan calladas y todo en silencio tan profundo, que desde la habitación inmediata llegaba claro y distinto á sus oídos el ruido producido por una pluma al resbalar sobre el papel.

II

El Conde de Elgueta fué conocido, durante la primera mitad de su vida, por Perico López. Listo, de humilde origen, ascendió poco á poco en categoría social; empezó por ganar de pueblo, hiciéronle luego criado de servir, llegó á ser mayordomo con ribetes de administrador, y supo juntar un capitalito formado con ahorros de sisas y enjuagues. Su maña y la fortuna le fueron tan útil

una, tan propicia otra, que el lugareño pobre se convirtió en cortesano pudiente; y aunque conservó siempre cierta rudza en gestos y ademanes, la transformación fué completa en cuanto á las condiciones de su vida.

Durante la guerra de isabelinos y carlistas empezó Perico López á medrar rápidamente, gracias á una ingeniosa combinación. Tenía por amigo á un tal Pablo Medioeva, hombre también de baja procedencia, deseoso de enriquecerse; ambos, cada cual con su pequeño capital, se dedicaron á seguir á los ejércitos que peleaban por el Norte de España, en el Maestrazgo y en las dos Castillas, se hicieron abastecedores, al por menor, de esas mil cosas que siempre han menester las tropas, y marchando á la zaga de los batallones, con la impedimenta ó el bagaje, vendían á los soldados muchas vituallas necesarias, llegando cuando fueron bien los negocios hasta proporcionarles zapatos, aguardiente y tabaco.

No bien se establecía una guarnición ó acampaba un cuerpo en desfiladero, allí estaban Perico López y Pablo Medioeva, dispuestos á hacer su agosto aun en los días más crudos del invierno; pero con una particularidad notable: Perico iba con los liberales, y Pablo con los carlistas; de modo que ambos se daban mutua y anticipadamente noticia de las marchas y contramarchas que habían de efectuarse, pudiendo así acumular sus mercancías en parajes propicios á la venta. Cuando uno, por efecto de las circunstancias, conocía que no había de aprovecharle un movimiento, se le participaba á su compañero, y de esta suerte iban enriqueciéndose sin más que

vender á las tropas patatas averiadas, baco de imitación, malas alpargatas, peores zapatos y otros artículos que siempre han sido de feito comercio. Mas como no es igual la fortuna de los hombres, aunque sigan juntos el mismo camino, sucedió que al final de la lucha su suerte fué diversa. Ambos se hallaban ya en posesión de varios miles de duros, pero uno vió crecer y multiplicarse sus onzas, mientras el otro quedó arruinado.

Próxima á terminarse la guerra, un general que había de combatir las alturas de Elgueta quiso trasladar provisiones y material de campaña á las inmediaciones de este pueblo, y para ello necesitó gran cantidad de carros y carretas. Dispuso, á fin de obtenerlos, que las tropas se incautaran de cuantos vehículos útiles para el caso pudiesen hallarse en la comarca; pero como los labriegos, ya acostumbrados á estas bromas, ocultaban hasta las carretillas de llevar la arena, no pudo el general conseguir lo que se había propuesto. Entonces se le presentó Perico López, le ofreció dos mil carros que habían de pagársele con largueza, quedó cerrado el pacto, y tan buena maña se dió en seguida para sonsañar campesinos y convencer gañanes, ofreciéndoles el oro y el moro, que logró reunir en cuarenta y ocho horas los dos mil carros. No quedó en las inmediaciones tartan, galera, carro de violín ni artefacto alguno de ruedas que fuese olvidado pudiendo servir. Su actividad, su gramática parda, sus muchos conocimientos en la campaña y pueblos vecinos, acabaron de arreglarlo todo con tal presteza, que el general realizó su operación acampando cerca de Elgueta después de

haber aprovechado los servicios de Perico López. Ya se habían tomado los fuertes y estaba la operación terminada, aún se veían á un extremo del campamento los carros puestos en largas filas para ser devueltos á López, cuando de pronto se alzaron de entre ellos grandes llamaradas y densas nubes de humo. Toda aquella madera vieja, seca y carcomida ardió en unas cuantas horas, sin que las tropas pudiesen atajar el fuego, y poco después no quedaron de los dos mil carros más que palos ennegrecidos, astillas despedazadas, herrajes tirados por el suelo y llantas de rueda caídas en la yerba, medio ocultas por montoncillos de ceniza que desparpamaba el viento, haciendo revolotear las chispas del rescoldo.

Perico López tuvo buen cuidado de indemnizar á los dueños de los vehículos; dió dinero á los más amenazados y exigentes, hizo promesas á los débiles, acalló á todos, á unos con oro, á otros con esperanzas, que es la moneda de los tontos, y después del abrazo de Vergara, hizo una reclamación en regla. Sus relaciones é influencias le sirvieron perfectamente; cobró una fuerte indemnización, porque en el expediente incoado, los dos mil carros aumentaron más que los peces del milagro, y quedó además tan bien probado el servicio prestado por Perico, que se le atribuyó en gran parte el éxito de la jornada. Cuando más adelante D. Pedro López fué agraciado con el título de Conde de Elgueta, se recordó aquel hecho como mérito especialísimo.

En cambio, los carlistas no reconocieron sus créditos á Pablo Medioeva, que había ya por entonces negociado al